

Poder en el escenario global

Me gustaría hablar principalmente sobre los Estados Unidos, sobre su lugar en el orden mundial en transformación, y sobre las perspectivas de futuro¹. El porcentaje de aciertos en la predicción de los asuntos humanos no es ciertamente estimulante, pero es inútil emprender esta tarea sin tener al menos una ligera idea de lo que ha ocurrido y de lo que está ocurriendo. No es transparente, pero tampoco impenetrable.

Para empezar, me gustaría destacar que concentrar toda la atención en los Estados Unidos no es justo, y deberíamos ser conscientes de ello: los Estados Unidos son poderosos, pero no todopoderosos. Es el país más rico del mundo, tiene ventajas inigualables y las ha tenido durante varios cientos de años, pero la economía global ha sido durante casi treinta años tripolar, con intrincadas alianzas y conflictos. Y además, existen otros centros de poder. Seguramente los Es-

¹ Ésta es una versión editada del texto de la segunda *Barry Amiel y Norman Melburn Trust Memorial Lecture*, celebrada en el Institute of Education de Londres, el 5 de mayo de 1998.

tados Unidos no se sienten cómodos con las recientes muestras de acercamiento entre Arabia Saudí e Irán, enemigos históricos, en una zona crucial donde se prevén muchos problemas, por mencionar tan sólo un ejemplo.

En 1945, la estructura del poder mundial era inusualmente clara, de acuerdo con los habituales criterios históricos. Medio siglo antes los Estados Unidos se habían convertido, por un amplio margen, en la mayor potencia económica del mundo, pero jugaban un papel relativamente pequeño en la escena mundial. Alrededor de 1945 esta situación había cambiado radicalmente por razones obvias: las otras sociedades industriales habían sido seriamente dañadas o destruidas, mientras que la economía estadounidense había florecido durante la guerra; los Estados Unidos poseían, literalmente, la mitad de la riqueza mundial, un poder y un sistema de seguridad militar incomparables, y se encontraban en condiciones de organizar gran parte del mundo. Y así lo hicieron, con la ayuda de su «socio menor», palabras con las que el Departamento de Asuntos Exteriores británico describía apesadumbrado la nueva realidad de la época.

El planteamiento general ha sido expuesto muy acertadamente en un reciente libro por uno de los más destacados historiadores de las relaciones diplomáticas, Gerald Hines, que también es un importante historiador de la CIA². Hines apunta que tras la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos «asumieron, sin pensar en su propio interés, la responsabilidad del bienestar del sistema capitalista mundial». Esta formulación es bastante justa, pero para entenderla hemos de realizar algunas traducciones. La primera es que la palabra capitalista no significa «capitalista», sino que se refiere, por el contrario, a centros de poder privados protegidos y subvencionados por el Estado («personas jurídicas» como las llaman los historiadores del derecho) internamente tiránicos, irresponsables ante los ciudadanos y a los que los tribunales estadounidenses otorgaron extraordinarios derechos violando radicalmente los ideales liberales clásicos. Por ello la corporativización de América, como se la ha llamado, fue condenada amargamente a principios del siglo xx por los conservadores, una raza ya extinta de la que sólo queda el nombre. Se condenó la corporativización, no sin razón, por ser una «forma de comunismo», una vuelta a las estructuras «feudales». Los intelectuales progresistas, que en general apoyaron el proceso, hicieron una valoración similar. Uno de sus líderes, Woodrow Wilson, escribió que «la mayoría de los hombres son esclavos de las corporaciones», lo que ahora puede aplicarse a la «mayor parte de las empresas del país». Es una «América muy diferente de la vieja... ya no es el lugar de la empresa individual... de las oportunidades individuales y los logros individuales». En la nueva América, «pequeños grupos controlan grandes corporaciones y poseen el control y el poder sobre la riqueza y las oportunidades empresariales del país», convirtiéndose «en rivales del mismo gobierno»³.

² Gerald Hines, *The Americanization of Brazil*, Wilmington, 1989.

³ Citado en Martin Sklar, *The Corporate Reconstruction of American Capitalism 1890-1916*, Cambridge, 1988, pp. 413-414.

La sombra de la política

Para ser más exactos, estas corporaciones proyectaban sobre la sociedad la sombra de lo que nosotros llamamos política, como indicó John Dewey poco después, al efectuar observaciones obvias sobre las limitaciones extremas que pesan sobre la democracia, cuando «la vida del país», los sistemas de producción e información, etcétera, son controlados por tiranías privadas, en un sistema que él describiría como «feudalismo» industrial y que es el sistema contemporáneo⁴.

El proceso de corporativización fue en gran medida una reacción contra los grandes fracasos del mercado de finales del siglo XIX y supuso un cambio de algo que podría denominarse capitalismo de propietarios a un sistema de administración de los mercados por una serie de personas jurídicas (fusiones, cárteles, alianzas corporativas) asociadas con Estados poderosos y, en la actualidad, por burocracias internacionales que regulan y apoyan el poder privado. La principal tarea de los Estados –recuérdese que a pesar de todo lo afirmado sobre la contracción del Estado, en los países de la OCDE la cuota de participación del sector público en el PNB continúa creciendo, sobre todo durante las décadas de 1980 y 1990– es básicamente socializar el riesgo y los costes, y privatizar el poder y los beneficios. Éstas son las tendencias que se han impulsado de acuerdo con las doctrinas de los partidarios de Reagan, Thatcher y de los Nuevos Demócratas.

La fórmula de Haine no es falsa, pero tenemos que entender que el concepto «capitalismo» hace referencia a unos compromisos sociales que hubieran escandalizado a Adam Smith, David Ricardo o James Madison o, para el caso, incluso al Partido Republicano americano de finales del siglo XIX. Es difícil acordarse ahora, pero en ese momento el Partido Republicano se oponía incluso al trabajo asalariado, como algo que no era muy distinto de la esclavitud que había sido abolida en la Guerra Civil. Estas ideas están muy arraigadas en la tradición americana, sin el dudoso beneficio de los intelectuales radicales. También hemos de entender la frase «propio interés» de la fórmula de Haine. No se refiere al interés del pueblo, ni por la más remota causalidad, eso es una perogrullada tan antigua como Adam Smith.

Explotación orwelliana

Con estas traducciones en mente, podemos aceptar el punto de vista convencional de que tras la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos «asumieron, sin pensar en su propio interés, la responsabilidad del bienestar del sistema capitalista mundial». Esta responsabilidad se concretó en varios programas relacionados entre sí: el primero y más importante se refería a la sociedad nacional (posteriormente me ocuparé de ello); el segundo, a la reconstrucción de las sociedades industriales, pero, por supuesto, de una manera particular, básicamente restaurando el orden conservador tradicional.

⁴ Citado en Robert Westbrook, *John Dewey and American Democracy*, Ithaca, 1991.

El tercer grupo de políticas se refería a lo que se ha denominado el sur, las áreas de servicio. Aquí se produjo una planificación global muy sofisticada, estrechamente integrada con el proyecto de reconstrucción de la sociedad industrial. A finales de la década de 1940 (ahora disponemos de muchos datos desclasificados sobre este tema) a cada región del sur se le asignó lo que se llamó su «función». Los Estados Unidos esperaban tener un control total sobre el hemisferio occidental expulsando en gran parte a sus rivales tradicionales, Gran Bretaña y Francia; y sobre Oriente Próximo, aunque aquí, al «socio menor» se le asignó un papel que ha declinado con los años. África se asignaba a Europa para que la «explotase» en su proceso de reconstrucción como indicó George Kennan⁵. Un estudio de planificación de alto nivel recomendaba en 1947 lo que denominaba el «desarrollo cooperativo de productos alimenticios y de materias primas baratos [procedentes de África, que] podría ayudar a fraguar la unidad europea y a crear una base económica para la recuperación del continente»⁶. El «continente» en cuestión era Europa: una interesante noción de desarrollo cooperativo, respecto a la que, por supuesto, nadie fue tan grosero como para sugerir que los africanos podían tener razones para explotar a Europa en su reconstrucción. Estos documentos se han desclasificado precisamente en estos días, poco antes de que se adopte una nueva medida legislativa: la Ley para el Crecimiento y las Oportunidades de África. Debería mencionar, para aquellos que siguen los asuntos estadounidenses, el interesante fenómeno de los títulos orwellianos que se están dando a la legislación, lo que quizá signifique algo, aunque no estoy seguro de qué. La Ley para el Crecimiento y las Oportunidades de África intenta reorganizar el proyecto del desarrollo cooperativo de África, entendido éste en el antiguo sentido del término, de modo que se otorgue a los Estados Unidos la función que les corresponde.

El plan también incluía devolver el sudeste de Asia a sus antiguos colonizadores. Se suponía que su «función principal»⁷ era proporcionar materias primas y recursos baratos a Europa occidental y Japón, ayudando así a su recuperación, y también establecer lo que se llamó modelos de comercio «triangular» con Europa y los Estados Unidos, para ayudar a superar el desajuste del dólar, que se encontraba entonces en una situación comprometida, dada la incapacidad de las sociedades industriales para comprar la enorme cantidad de excedentes manufacturados en los Estados Unidos. Éste era uno de los factores principales en la planificación económica estadounidense postbélica. Más tarde lo aplicaron en diversas áreas, con consecuencias que no hace falta discutir.

El caso más instructivo es el del hemisferio occidental, y la razón es bien simple: allí los Estados Unidos tenían carta blanca, de modo que sus principios operativos podían aplicarse con la mayor clari-

⁵ *Policy Planning Study* (PPS), núm. 23, 24 de febrero de 1948; *Foreign Relations of the United States* (FRUS), vol. I, 1948, p. 511.

⁶ Michael Hogan, *The Marshall Plan*, Cambridge, 1987, p. 41, citando el Bonesteel Memorandum, 13 de mayo de 1947.

⁷ Según el resumen del Acta de PPS, núm. 51, de abril de 1949.

dad. Se merecen que les prestemos mucha atención, puesto que aún se mantienen vivos y vigentes hasta el presente en los intentos por cambiar los estatutos del Fondo Monetario Internacional, con el fin de privar a los deudores de los medios que les permitan efectuar cualquier tipo de planificación política democrática. En el hemisferio occidental los Estados Unidos no tenían ciertamente rivales serios, aparte de la población nacional, lo cual era un problema reconocido. Ese conflicto llegó a su punto álgido en la conferencia de los países occidentales de febrero de 1945. La principal preocupación de los Estados Unidos, según los datos desclasificados, era lo que se denominó «la filosofía del nuevo nacionalismo», que estaba comenzando a adquirir vigor en América Latina y que «contemplaba políticas diseñadas para conseguir una distribución más amplia de la riqueza y elevar el nivel de vida de las masas», de acuerdo con el principio de que «el primer beneficiario del desarrollo de los recursos de un país debería ser el pueblo de ese país»⁸.

Pues bien, nada de esto era aceptable. Los primeros beneficiarios tenían que ser los inversores estadounidenses, sus homólogos de cualquier otro lugar del mundo y sus asociados locales: *todos ellos* tenían derecho previo a los recursos humanos y materiales de las áreas de servicio. Dadas las relaciones de poder existentes, la posición de los Estados Unidos prevaleció. Se obligó a América Latina a aceptar la llamada Carta Económica para las Américas, que garantizaba el final del nacionalismo económico «en todas sus formas». Y la historia de la región hasta el presente gira en torno de los esfuerzos por imponer estas reglas, las cuales también iban a aplicarse en otras partes. Los actuales acuerdos comerciales y el llamado proyecto de globalización son la última fase en la imposición de las prioridades apropiadas a un mundo reacio a aceptarlas.

Lo nuestro y lo suyo

Estos planteamientos son reiterados constantemente en los documentos internos y en los documentos de planificación de alto nivel y, lo que es más importante, son llevados a la práctica: así, diez años después de la conferencia de los países occidentales, el Consejo de Seguridad Nacional, el organismo de planificación de más alto rango, identificó la principal amenaza contra los intereses de los Estados Unidos en los «regímenes nacionalistas, que se mantienen mediante llamamientos a la población», en respuesta a «la creciente demanda popular de mejoras inmediatas a los bajos niveles de vida de las masas». Esto entraba en conflicto con «un clima propicio para a la inversión privada de capital nacional y extranjero», y con «las oportunidades de ganar dinero y, en el caso del capital extranjero, de repatriar una ganancia razonable», así como con lo que Kennan llamó «la protección de nuestras materias primas»⁹.

⁸ Citado en David Green, *The Containment of Latin América*, Birmingham, AL, 1971.

⁹ Consejo de Seguridad Nacional 5432, 18 de agosto de 1954. Kennan citado en Walter La Feber, *Inevitable Revolution*, Nueva York, 1983, p. 16.

Obsérvese que se trata de «nuestras» materias primas, las cuales accidentalmente resulta que se hallan en otra parte. Esta clase de vulgar retórica marxista es típica de los documentos internos y de la prensa económica, aunque a veces varía. Alcanzó nuevas cotas cuando los intelectuales de Kennedy tomaron el poder. Tras el golpe de estado en Brasil, apoyado por los Estados Unidos y saludado por el embajador de Kennedy como «la victoria más decisiva de la libertad a mediados del siglo xx», Robert McNamara y McGeorge Bundy descubrieron que las políticas estadounidenses hacia los militares latinoamericanos habían sido «eficaces para lograr el cumplimiento de los objetivos que se habían fijado, a saber: «mejorar los recursos de seguridad interna» y «establecer una decisiva influencia militar estadounidense»¹⁰. Esto último era muy importante, ya que en lo que denominaron «el entorno cultural latinoamericano» (recuérdese que se trata de intelectuales serios, interesados en cosas como éstas), era tarea de los militares eliminar a los líderes del gobierno siempre que, a juicio de aquéllos, la conducta de estos líderes fuera dañina para el bienestar de la nación». Dado el control que los Estados Unidos ejercían entonces sobre los militares latinoamericanos, éstos actuarían para asegurar que la «lucha revolucionaria por el poder entre los principales grupos que constituyen la actual estructura de clase» en América Latina produjese el resultado deseado, y garantizarían la protección de «la inversión privada» y el comercio estadounidenses. Esto es lo que denominan la «raíz económica» que constituye el elemento principal del «interés político estadounidense en América Latina».

Hay casos individuales que ilustran estos principios con gran consistencia. Hablemos de uno que es noticia nuevamente: Guatemala, donde se ha vuelto a cometer otro asesinato de un líder de la iglesia justo después de que hubiera redactado un informe sobre los horrendos crímenes del gobierno apoyado por los Estados Unidos durante la década de 1980; se trata de parte de una herencia continua desde que los Estados Unidos derrocaron el gobierno democrático guatemalteco en 1954. En este momento, si miramos atrás, veremos que se habló mucho sobre el comunismo, sobre los rusos, pero los informes internos nos muestran algo completamente diferente. Citando informes de la CIA y del Departamento de Estado, el problema lo constituían «los programas sociales y económicos del gobierno electo que satisfacían las aspiraciones de los trabajadores y los campesinos», e «inspiraban lealtad y se adecuaban al propio interés de la mayoría de los guatemaltecos políticamente conscientes»; todavía resultaba más peligroso que el gobierno se estuviese «preparando para movilizar a los hasta ahora pasivos campesinos»; y era todavía peor, que Guatemala se estuviese convirtiendo en lo que se denomina un «virus» que podría infectar a otros países del entorno¹¹.

¹⁰ *Memorandum for the Special Assistant to the President for National Security Affairs*, «Study of US Policy towards Latin América Military Forces», Secretario de Defensa, 11 de junio de 1965. Robert McNamara fue Secretario de Defensa y McGeorge Bundy Ayudante Especial.

¹¹ Citas de *FRUS*, 1955-1957, vol. VII pp. 88 y ss., *National Intelligence Estimate (NIE)*, «Memorandum by the Director of Central Intelligence (Smith) to the Under Secretary of State (Bruce)», 12 de diciembre de 1952. *NIE-84*, 19 de mayo de 1953. *FRUS* 1952-1954, vol. IV,

Amenazaba la «estabilidad»: «su reforma agraria es un arma de propaganda muy poderosa; su amplio programa social de ayuda a los campesinos y trabajadores es una lucha victoriosa contra las clases altas y las grandes empresas extranjeras y ha resultado muy atrayente para la población de los países vecinos de Centroamérica en los que se dan similares condiciones»¹². Todo esto estaba radicalmente en contra de la Carta de las Américas, por lo que los Estados Unidos tuvieron que restaurar el orden social tradicional mediante la violencia y mantenerlo gracias a una violencia extrema. Tenían que contener la amenaza de democracia y desmantelar los programas sociales que minaban la estabilidad, debido a su fuerte atractivo para el pueblo. Éstos son, básicamente, los significados operativos de los términos «contención», «vuelta atrás», «estabilidad», etcétera.

Miedo a la democracia en Haití

Acabamos de asistir a otro ejemplo tremendamente dramático en Haití, el país más pobre del hemisferio, aunque una vez fue una de las colonias más ricas del mundo y la fuente de mucha de la riqueza francesa. Las elecciones democráticas de 1989, las primeras, se convirtieron para sorpresa de todos en un gran triunfo de la democracia popular. Los comicios llevaron a la presidencia a un sacerdote populista, al que nadie había prestado atención, apoyado por un vigoroso movimiento de base popular que procedía básicamente de los barrios chabolistas y de las montañas. Los Estados Unidos se horrorizaron y actuaron de inmediato para acabar con el gobierno: pocos meses después se produjo un golpe de Estado. Washington prestó una ayuda crucial al régimen militar de asesinos que se instaló en el poder, proporcionando asistencia militar e información a través de sus servicios de inteligencia a los líderes del golpe de Estado durante todo el proceso. Los Estados Unidos también actuaron rápidamente para erosionar un embargo exigido por la Organización de Estados Americanos. Las Administraciones de Clinton y Bush incluso autorizaron a Texaco a suministrar petróleo a los líderes golpistas y a sus ricos valedores, contraviniendo directivas presidenciales. Todo esto, casualmente, es conocido por la prensa nacional, muy bien conocido, pero nunca se ha informado sobre ello. Tras tres años de terror para domesticar los movimientos populares, los Estados Unidos intervinieron para «restaurar la democracia», pero con una condición: que el gobierno abandonase sus proyectos reformistas y adoptase las políticas del candidato de los Estados Unidos de diciembre de 1989: un funcionario del Banco Mundial que recibió un 14 por 100 de los votos. Así se «restauró» la «democracia»¹³.

El pueblo de Haití también aprendió la lección del significado de la palabra «mercado». El principal producto alimenticio de Haití es el arroz. Haití tenía, hasta hace no mucho tiempo, una cosecha de arroz sufi-

pp. 1055, 1061 y ss. Para citas más extensas consultar Noam Chomsky, *Necessary Illusions*, Londres, 1989. Apéndice VI y ss. *Deterring Democracy*, Verso, Londres, 1991, cap 8.

¹² Citado en Piero Gleijeses, *Shattered Hope*, Princeton, 1991, p. 365.

¹³ Véase Noam Chomsky, «Democracy Restored», *Z Magazine*, noviembre de 1994.

ciente para autoabastecerse y es un lugar potencialmente favorable para la producción de arroz. Pero se vio forzado a «liberalizar», esto es, a eliminar cualquier arancel, etcétera. Esto significa que ahora los agricultores de Haití compiten al mismo nivel con la agroindustria estadounidense: los cultivadores americanos consiguen un 40 por 100 de sus beneficios de los subsidios federales, que se incrementaron generosamente bajo el régimen conservador de Reagan. Eso es «el mercado».

Todo esto es lo que se puede denominar «la democracia de mercado realmente existente». La historia se remonta a siglos atrás, pero se torna particularmente cruel cuando la partida se juega entre los Estados Unidos y Haití; y es incluso más grotesca cuando la Administración Clinton e intelectuales llenos de admiración la alababan como el mejor ejemplo de, si puedo tomar prestada una frase del socio menor, nuestra nueva «política exterior ética». Ni rastro de los temas de la Guerra Fría, que de hecho han sido marginales durante todo el proceso: nos encontramos con las mismas políticas antes, durante y después de la Guerra Fría, y por eso los documentos son tan instructivos, ya que revelan los principios operativos que continúan vigentes.

Castro, Saddam y el Tío Sam

De modo realmente sorprendente, ha ocurrido lo mismo en el hemisferio occidental con un componente de la Guerra Fría en absoluto desdeñable: Cuba. Echemos un rápido vistazo a la cuestión. Los Estados Unidos se apoderaron de Cuba exactamente hace cien años. Citando a dos eminentes historiadores de Harvard en su introducción a la nueva edición de *The Kennedy Tapes*, Cuba siguió siendo una «virtual colonia de los Estados Unidos» hasta que Castro tomó el poder en enero de 1959¹⁴. Pocos meses después, la Administración Eisenhower decidió en secreto derrocar al gobierno cubano. En octubre de 1959, empezaron los ataques terroristas desde Florida, que aún continúan hoy; los líderes de los medios de comunicación estadounidenses también están al corriente de esto, pero nunca se ha publicado en la prensa nacional. La decisión formal de derrocar al gobierno se tomó en secreto en marzo de 1960. La Administración Kennedy asumió el poder pocos meses después. Una de sus iniciativas fue crear un grupo de estudio para América Latina. El informe que presentaron al presidente acaba de ser desclasificado. Fue escrito por el historiador Arthur Schlesinger, que identificó la amenaza cubana como «la difusión de la idea de Castro de hacerse con el control de los propios asuntos», lo cual supone un serio problema, añadía poco después, porque en toda América Latina «la distribución de la tierra y de otras formas de riqueza nacional favorecen a las clases propietarias [y], los pobres y los no privilegiados, estimulados por el ejemplo de la revolución cubana, están ahora pidiendo oportunidades para llevar una vida decente»¹⁵.

En otras palabras, Cuba era un virus, como Guatemala y otros obje-

¹⁴ Ernest May y Philip Zelikov, *The Kennedy Tapes*, Cambridge, Mass., 1998.

¹⁵ FRUS, 1961-63, vol. XII. «American Republics», pp. 13-33.

vos de agresión. Ahora bien ¿qué pasa con los rusos? También se les menciona: Schlesinger prosigue, «mientras tanto la Unión Soviética se mantiene al acecho, haciendo grandes préstamos para el desarrollo y presentándose a sí misma como modelo para alcanzar la modernización en una sola generación». Se puede comparar esto con la explicación histórica proporcionada por el propio Schlesinger de lo que sucedió. Ahora él describe públicamente el problema al que se enfrentó Kennedy del siguiente modo: Castro «estaba creando problemas en el hemisferio» y planeaba la «conexión soviética», problemas ambos que se comprendieron de una forma totalmente coherente¹⁶. Es absolutamente natural que, con los rusos fuera de escena, las políticas continúen siendo las mismas; en realidad, se han vuelto mucho más duras, aunque el pretexto haya cambiado repentinamente, suponiéndose que ninguna persona bien educada se da cuenta de ello o extrae conclusiones al respecto. En realidad, los nuevos pretextos son aproximadamente tan creíbles como los viejos.

La Administración Bush, en su presentación anual de los presupuestos en el Congreso, anunció de modo inmediato en marzo de 1990 que no se iban a producir cambios en sus políticas fundamentales después de la Guerra Fría, explicando así por qué necesitamos en la actualidad un enorme presupuesto militar. El texto del documento era esencialmente idéntico al de años anteriores, lo único que cambiaba era el pretexto. Oficialmente ya se había declarado el final de la Guerra Fría, por lo que la amenaza ya no eran los rusos. La amenaza era lo que en ese momento se denominó «la creciente sofisticación tecnológica de los conflictos en el Tercer Mundo». Ésta es la razón por la que hemos de mantener un enorme presupuesto de defensa al mismo nivel que durante la Guerra Fría (ahora incluso mayor) y por la que hemos de mantener la «infraestructura industrial de defensa». Se trata de un eufemismo para referirse a la industria de alta tecnología. La Casa Blanca también explicó que era necesario mantener y modernizar las fuerzas de intervención que, como en ocasiones anteriores, se dirigían sobre todo contra Oriente Próximo; ahí las amenazas a «nuestros intereses», que han hecho precisa una intervención militar, «no podían achacarse al Kremlin», contrariamente a las mentiras antiguas que ahora se tornaban inútiles¹⁷.

Incidentalmente, los documentos internos lo habían reconocido claramente desde hace tiempo, pero ahora son de dominio público, así que no hace falta discutir sobre ello. Hay que hacer notar que las amenazas a nuestros intereses tampoco podían imputarse a Iraq. Esto ocurría pocos meses antes de la invasión de Kuwait; entonces (marzo de 1990) Saddam Hussein era todavía un amigo favorecido y un aliado de los Estados Unidos y de Gran Bretaña, que gaseaba kurdos y torturaba disidentes, cometiendo las peores atrocidades con el amplio apoyo y la generosa ayuda estadounidense y británi-

¹⁶ Ver la carta de Schlesinger en el *New York Times* del 26 de febrero de 1997.

¹⁷ George Bush, *National Security Strategy of the United States*, The White House, marzo de 1990. Si desea consultar este aspecto con más detenimiento, véase Noam Chomsky, *Deterring Democracy*, cap. I.

ca. De hecho, Saddam se convirtió una vez más en un amigo, justo un año más tarde, en marzo de 1991, cuando llevó a cabo matanzas de chiítas y sofocó un levantamiento militar bajo la permisiva mirada de Norman Schwarzkopf, héroe de la Tormenta del Desierto. Los Estados Unidos rehusaron incluso permitir a los generales rebeldes iraquíes acceso al equipo militar iraquí capturado, y el Departamento de Estado reiteró la prohibición oficial de cualquier negociación con disidentes iraquíes; se trataba, según los disidentes iraquíes, de una prohibición instituida por el Secretario de Estado, George Schultz, tras la masacre de Halabja de 1988, para aplacar a Saddam.

Ésta es una muestra resumida de una larga historia que consiste más o menos en lo mismo de siempre: volvamos a su interpretación tradicional. Encontramos un buen resumen de la misma en lo que se ha denominado la doctrina Clinton. Todos los presidentes necesitan una doctrina y la suya fue presentada por Anthony Lake, Consejero de Seguridad Nacional e intelectual de la Administración Clinton, quien manifestó: «durante la Guerra Fría nos enfrentamos a una amenaza global contra las democracias de mercado; ahora podemos consolidar la victoria de la democracia y de los mercados abiertos»¹⁸. La política exterior americana ha entrado en una «etapa noble», re-vestida de un «santo fulgor»¹⁹.

Sin embargo, el *New York Times* cita a algunos críticos que advierten que «al aceptarse que el idealismo es la motivación casi exclusiva de nuestra política exterior» puede que estemos descuidando nuestros intereses en favor de los ajenos²⁰. Entre ambos extremos, el debate puede proseguir acaloradamente, felizmente aislado del mundo real. Existe también una doctrina convencional sobre la escena nacional y lo que ésta implica para el resto del mundo, que aún ha de beneficiarse de los denominados «valores empresariales americanos y de su vigoroso individualismo». Así que ocupémonos de ella.

El país de las maravillas

El retrato estándar de la escena nacional lo encontramos, por tomar un ejemplo, en un reciente y sobresaliente artículo del *New York Times*. El titular reza «América es próspera y autosuficiente», quizá demasiado dice el artículo, mientras continúa explicando que los americanos tienen una «fe incontenible» y «expectativas de un ilimitado éxito económico» en el «brillo feliz de la expansión económica americana». Se ha producido en los Estados Unidos una «expansión económica de cuento de hadas desde 1991», «un éxito económico impresionante» «que ha tenido lugar» bajo la dirección de San [Alan]

¹⁸ Anthony Lake, *New York Times*, 26 de septiembre de 1993 y 23 de septiembre de 1994.

¹⁹ Sebastian Mallaby, «Uneasy Partners», *New York Times Book Review*, 21 de septiembre de 1997.

²⁰ Alto cargo de la Administración estadounidense citado por Thomas Friedman, *New York Times*, enero de 1992.

²¹ David Sanger, «America is Prosperous and Smug, Like Japan Was», *New York Times Week in Review*, 12 de abril de 1998. Gerald Baker, «Is this Great, Or What?», *Financial Times*, 31 de marzo de 1998.

Greespan»²¹. Cuando salí de Boston el pasado domingo, otro artículo de cabecera en el *New York Times* describía, en primera página, lo que se ha llamado «la América gorda y feliz» que disfruta de la actual expansión económica, «una de las más sólidas y duraderas de la historia de América»²². De acuerdo, ése es el panorama, la historia la han oído ustedes muchas veces, probablemente más aquí en el Reino Unido que en los Estados Unidos. Echemos un vistazo. Se puede decir que sí, que ha sido un cuento de hadas para algunos. Estos dos artículos que he citado proporcionan un ejemplo, el mismo, a saber: el mercado de valores. Se ha producido una enorme inflación en el precio de los activos, lo que supone ciertamente un cuento de hadas para el 1 por 100 de las familias que poseen la mitad de los valores, y para el 10 por 100 de quienes poseen casi todo el resto. También ha sido un cuento de hadas para las corporaciones. La prensa económica se ha quedado extasiada con el crecimiento de los beneficios en los últimos años. Ha sido tildado de «extraordinario», de «pasmoso», de «deslumbrante», de «fantástico», creo que se han quedado sin adjetivos.

Sin embargo, esto no deja de presentar problemas. *Business Week* detectó uno. Publicó un artículo con el título: «El problema actual: ¿Qué hacer con todo ese dinero líquido?, ya que «los enormes beneficios» desbordan las arcas de la América corporativa. Poco después se convirtió inclusive en algo todavía peor: «los activos líquidos de las corporaciones no financieras alcanzaron la asombrosa cifra de 679.000 millones de dólares», creando «fastidiosos problemas a Boeing, Intel, General Motors y otras corporaciones similares»²³. Afortunadamente, existe una solución y un consenso bipartidista al respecto: reducir los impuestos sobre las ganancias de capital. Eso beneficia a todo el mundo, no sólo al 1 por 100 de los que más ganan, para quienes las ganancias de capital suponen la mitad de sus ingresos. El propósito de esta medida es liberar fondos para la inversión, dado que los asombrosos 750.000 millones de dólares que están causando tantas molestias no son suficientes. Se requiere una buena educación en la ortodoxia para sostener este planteamiento con la debida sobriedad, pero mucha gente lo hace, y ello no deja de ser impresionante.

¿Qué decir de la expansión de cuento de hadas que se prolonga desde 1991? Es cierto que ha batido nuevos récords. Por una parte, es la primera recuperación en la historia americana que no ha venido acompañada por un aumento de la riqueza y de la renta, al margen del reducido porcentaje de aquellos pocos que disfrutaban de las rentas más elevadas. También es la recuperación más débil del período de postguerra; está incluso por debajo de la tasa de crecimiento de las anémicas décadas de 1970 y 1980. De hecho, la tasa de crecimiento per cápita de la economía estadounidense durante la década de 1990

²² Sylvia Nasar, «Unlearning the Lessons of Econ 101», *New York Times Week in Review*, 3 de mayo de 1998.

²³ «The problem Now: What To Do With All That Cash?», *Business Week*, 12 de diciembre de 1994; «An Enormous Temptation to Waste» *Business Week*, 10 de febrero de 1997.

es aproximadamente igual a la tasa media de la OCDE, y se halla muy por debajo de la de las décadas de 1950 y 1960. También es el período de más lento crecimiento de la productividad, lo que es un presagio para el futuro. Se plantean, pues, toda una serie de cuestiones.

¿Cómo podemos disfrutar de un aumento deslumbrante de los beneficios cuando la expansión de cuento de hadas es la más débil de las que se han producido desde la Segunda Guerra Mundial? Existe una respuesta simple a esta pregunta: la mayoría de la población se ha quedado al margen de la misma. Para dos tercios de los trabajadores las rentas medias son más bajas que a finales de la década de 1970. A finales de la de 1980, que fue un período de recuperación, el hambre aumentó en un 50 por 100 en los Estados Unidos y afectó a unos treinta millones de personas. Alrededor de 1980, los Estados Unidos eran bastante similares a otras sociedades industriales en lo que se denominan «indicadores de calidad de vida»: factores como la pobreza, la desnutrición infantil, la mortalidad, la proporción de población encarcelada, la desigualdad, etcétera. En la actualidad, están muy por delante en lo que a estos indicadores se refiere. Las horas de trabajo se han elevado (según parece, los americanos trabajan aproximadamente un mes más por año en la actualidad que hace veinte años), los salarios han disminuido, los sistemas de protección se han reducido y las condiciones de trabajo se han deteriorado. Hasta esta tarde pensaba que eran las peores condiciones del mundo industrial, pero entonces recibí información sobre Inglaterra y he tenido que reconsiderar mi opinión! La disminución de los costes laborales en los Estados Unidos hasta el puesto más bajo entre los países industrializados, tan sólo por encima de Inglaterra, fue saludada por el *Wall Street Journal* como un «cambio bienvenido de importancia trascendental», y eso forma parte también de esa América feliz y satisfecha.

Los despidos ilegales de los dirigentes sindicales se triplicaron durante la década de 1980, junto con otras violaciones de la ley, que continuaron bajo el mandato de Clinton. La Administración Reagan informó esencialmente al mundo empresarial de que no se iban a aplicar las leyes, y así se publicó fielmente en la prensa económica²⁴. Éste es un factor muy importante para explicar el aumento de la desigualdad y el ataque a los salarios y a los ingresos. En las páginas económicas del *New York Times* encontramos la historia contada de una forma muy directa, por ejemplo, en un artículo titulado «La Rutinaria Economía de América», en la que la mayoría «no tiene posibilidades de llegar a ningún sitio», disfrutando de unas perspectivas muy pobres²⁵.

Los americanos que cuentan

Regresemos al titular «América es próspera y autosuficiente», que tie-

²⁴ *Business Week*, 23 de marzo de 1994.

²⁵ Louis Uchitelle, «America's Treadmill Economy: Going Nowhere Fast»; *New York Times Money and Business*, 8 de marzo de 1998.

ne sentido si entendemos que la palabra «americanos» no se refiere a todos los americanos, sino a una pequeña y privilegiada minoría, que son de hecho quienes leen habitualmente el *New York Times* (la clase de gente que conoces en restaurantes elegantes, salas de juntas, etcétera) y que sí son prósperos y autosuficientes, felices y seguros de sí mismos.

Prestemos ahora atención a San Alan Greenspan, que presidió el milagro de la década de 1990. Recientemente ha testificado ante el *Banking Committee* del Senado sobre el milagro, del cual se mostraba muy orgulloso. Atribuía éste a una «mayor inseguridad laboral»²⁶. Los trabajadores se hallan intimidados; tienen miedo de pedir un salario digno y ayudas, y eso es bueno. Hace a los americanos seguros de sí mismos y autosuficientes, si se entiende la palabra «americano» en el sentido correcto. El último informe económico del Presidente también se enorgullece de una economía de cuento de hadas que atribuye a la «importante contención de los salarios», consecuencia de «cambios en la prácticas e instituciones del mercado de trabajo»²⁷. Esto se traduce al inglés en prácticas como la no aplicación de leyes sobre la ruptura ilegal de huelgas o la autorización del constante cambio de trabajadores: la Organización Internacional del Trabajo ha denunciado a los Estados Unidos por ello, pero nadie ha prestado atención a este asunto. Caterpillar, el productor de equipos de construcción, acababa de vencer una gran huelga en Illinois, dañando seriamente a uno de los sindicatos más importantes: el *United Auto Workers*. ¿Cómo lo consiguió? Contratando a otros trabajadores permanentes para sustituir a los huelguistas, lo cual se considera ilegal en casi todo el mundo, y también utilizando los deslumbrantes beneficios que compartía con sus asociados para construir capacidad excedente en el extranjero con la que podía abastecer sus mercados, incluso cuando sus plantas en Illinois estaban en huelga. Obsérvese que emplear los beneficios para construir capacidad excedente en el extranjero nada tiene que ver directamente con los beneficios, ni tampoco con la eficiencia, sino con la guerra de clases: es una forma de atacar a los trabajadores americanos y, por consiguiente, se ha utilizado. El capital es móvil, los trabajadores no lo son y, desafortunadamente, sus lazos internacionales son bastante débiles.

Otro factor en estos cambios benignos son los acuerdos comerciales que tienen efectos interesantes y que habitualmente se reúnen bajo el término «globalización». En las normas del NAFTA (Acuerdo para el Libre Comercio Norteamericano), encontramos cierta palabrería sin sentido sobre los derechos laborales, pero se espera que de acuerdo con ella el NAFTA responda a las demandas de los trabajadores. Observemos el caso de una demanda de los trabajadores de las telecomunicaciones contra Sprint. Los trabajadores, de hecho, ganaron su demanda aunque para Sprint sólo supuso una ligera in-

²⁶ Testimonio de Alan Greenspan ante el *Banking Committee* del Senado, febrero de 1997.

²⁷ *Economic Report of President*, febrero de 1997. Ésta y las siguientes citas de Greenspan proceden de «Editorial», *The Multinational Monitor*, marzo de 1997.

comodidad, si bien se le obligó a realizar un interesante estudio, dirigido por una economista laboral de la Universidad de Cornell, Kate Brontenbrenner, que fue ocultado por la Administración Clinton, pero publicado en Canadá y Méjico, sin que se haya publicado, que yo sepa, en los Estados Unidos. Kate Brontenbrenner descubrió que la mitad de los esfuerzos organizativos que se habían realizado desde la entrada en vigor del NAFTA habían sido interrumpidos bajo amenaza de transferir la producción; por ejemplo, carteles fuera de una planta que decían «Trabajo Traspasado a Méjico». Y esas amenazas no han sido ociosas. Cuando la organización tiene éxito a pesar de todo, los cierres se han triplicado comparados con la época anterior al NAFTA. Todo esto es técnicamente ilegal, pero, como he dicho, Reagan y Clinton se encargaron de informar al mundo empresarial que el delito *se recompensaría* con la protección estatal²⁸.

San Alan y el transistor

San Alan dio una charla recientemente ante algunos editores de periódicos de los Estados Unidos. Habló con pasión sobre los milagros del mercado, las maravillas que había producido la posibilidad de elección por parte del consumidor, etcétera. También dio algunos ejemplos: Internet, los ordenadores, el procesamiento de la información, el láser, los satélites y los transistores²⁹. Se trata de una lista interesante, ya que todos son ejemplos clásicos de creatividad y producción del sector público. En el caso de Internet, durante treinta años se dirigió, se desarrolló y se basó principalmente en el sector *público*, sobre todo en el Pentágono y después en la *National Science Foundation*, que desarrolló la mayoría del hardware, del software, las ideas nuevas, la tecnología, etcétera. En los últimos años, ha sido cedida a gente como Bill Gates, a quien al menos hay que admirar por su honestidad: atribuye su éxito a su habilidad para «adoptar y ampliar» las ideas de otros, a menudo de otros situados en el sector público³⁰. En el caso de Internet, la elección del consumidor fue casi igual a cero, a menos que por «consumidor» nos estemos refiriendo al gobierno; y lo mismo puede aplicarse a los ordenadores, al procesamiento de la información, etcétera, durante las etapas cruciales de su desarrollo.

De hecho, de todos los ejemplos ofrecidos por Greenspan el único que supera la categoría de chiste es el de los transistores, que constituyen un caso interesante. Los transistores fueron desarrollados en un laboratorio privado, los *Bell Telephone Laboratories* de AT&T, que también efectuaron contribuciones fundamentales a las células solares, a la radioastronomía, a la teoría de la información y a muchas otras cosas importantes. Pero ¿cuál es el papel de los mercados

²⁸ Kate Bronfenbrenner, «We'll Close», *The Multinational Monitor*, marzo de 1997, basado en el estudio que ella misma dirigió, «Final Report: The Effects of Plant Closing or Threat of Plant Closing on the Right of Workers to Organize».

²⁹ Comentarios de Alan Greenspan, Chairman, Board of Governors of The Federal Reserve System, en la convención anual de la Sociedad americana de Editores, Washington DC, 2 de abril de 1998.

³⁰ Citado en «Microsoft Researches Its Future», *Science*, 27 de febrero de 1998.

y de la posibilidad de elección del consumidor en todo esto? Bien, de nuevo es cero. AT&T era un monopolio apoyado por el gobierno, por lo que la elección del consumidor no existía; y dado que era un monopolio, tenía el poder de cargar elevados precios: en efecto, éstos constituían un impuesto sobre el público que luego AT&T podía emplear en instituciones como los *Bell Laboratories*. Así que, de nuevo, el desarrollo estaba siendo subvencionado públicamente aunque ese subsidio se ocultara. Como si hiciera falta una prueba para demostrarlo, en cuanto la industria se liberalizó, los *Bell Labs* dejaron de existir, pues el público no iba a seguir pagando por ello; sus sucesores se dedicaron fundamentalmente a proyectos aplicados a corto plazo. Pero eso es sólo el principio de la historia. En realidad, los *Bell Labs* inventaron los transistores, pero se sirvieron de la tecnología bélica que, de nuevo, había sido subvencionada públicamente e iniciada por el Estado. Por otro lado, no había nadie que comprara transistores en aquel tiempo porque era demasiado caro fabricarlos. Durante diez años, el gobierno fue el mayor cliente, especialmente de transistores de alta calidad. En 1958, el proveedor de Bell Telephone, Western Electric, producía cientos de miles de ellos, pero tan sólo para aplicaciones militares. Las compras del gobierno posibilitaron las iniciativas empresariales y guiaron el desarrollo de la tecnología, que entonces pudo difundirse en la industria³¹. En eso consiste «la elección del consumidor» y «el milagro del mercado» en el único caso de los citados por Greenspan que puede ser objeto de consideración, sin que resulte ridículo. En realidad, esta historia puede generalizarse, e incluso los economistas más ignorantes deben saber esto. Los sectores dinámicos de la economía dependen de una manera crucial y a gran escala de la ayuda, la innovación y la creatividad públicas; los ejemplos de Greenspan son los casos más notables de esta pauta de comportamiento. Se trata de un revelador grupo de elecciones. Gran parte del mismo se enmascara como defensa, pero eso no es todo, pasa lo mismo en la biotecnología, los productos farmacéuticos, etcétera.

Naturalmente, las empresas están encantadas con todo esto: los ciudadanos pagan los costes y asumen los riesgos (éste es el «socialismo de los ricos»), mientras los beneficios y el poder se privatizan (ésta es la teoría del mercado realmente existente). Esto se remonta a varios siglos atrás, pero sigue siendo totalmente cierto en la actualidad. Hay ejemplos particulares que ilustran este drama: tomemos el caso del líder de la revolución conservadora en el Congreso, Newt Gingrich. Es una fuente de impresionante retórica sobre la ética del trabajo y la ruptura del ciclo de dependencia: cómo los niños de siete años han de aprender la responsabilidad y ese tipo de cosas. Pero, año tras año, ostentar el récord en la obtención de subsidios federales para los ricos miembros de su circunscripción electoral, en un sector de Georgia donde la economía es incluso más dependiente de los subsidios federales que en la mayoría del resto de los luga-

³¹ Thomas Misa, «The development of the Transistor», en Merritt Roe Smith, ed.; *Military Enterprise and Technological Change*, Cambridge, Mass., 1985.

³² Véase Chomsky, *Powers and Prospects*, Londres, 1996.

res³². Su becerro de oro predilecto es Lockheed-Martin. Todo el mundo en los Estados Unidos paga lo que es en realidad un impuesto anual de 200\$ a Lockheed-Martin. A veces, incluso con este subsidio, parece que Lockheed-Martin se va a hundir; cuando pasa esto, el gobierno interviene, como ocurrió bajo la Administración Nixon, con varios cientos de millones de dólares en préstamos garantizados. Fue esta acción la que llevó al senador Proxmire a acuñar la expresión «bienestar corporativo». Así pues, en esto consiste el conservadurismo en la Cámara de Representantes³³. Lo mismo pasa con Trent Lott, el líder de la mayoría del Senado. El *Financial Times* le describió hace algunos semanas como «el productor de carne de cerdo con más éxito de 1997», lo que es totalmente acertado³⁴. En esto consiste el conservadurismo en el Senado.

La conexión Idaho

Y la cosa sigue, daré un solo ejemplo más. Veamos una historia de primera página del *New York Times* sobre el «milagro económico» de los Estados Unidos. Describe «la nueva y próspera economía» en «el Estado más republicano de la nación», con su «profundamente arraigada desconfianza hacia el gobierno federal» y su «tradición de confianza en sí mismo»: se trata de Idaho³⁵. Como es habitual, se señala que existe un lado negativo en los milagros económicos: Idaho también supera las medias nacionales de abusos a menores y número de presos; se han suprimido los sindicatos; los niveles de educación están en decadencia, etcétera. No importa, sin embargo, ya que se trata de una nueva y próspera economía y del Estado más republicano de la nación. No obtenemos ninguna información del artículo sobre el milagro económico; para ello hay que buscar en otros sitios. Por ejemplo, se pueden consultar las publicaciones del *Idaho National Engineering and Environmental Lab*. Se trata de un laboratorio nacional, dirigido por el Departamento de Energía y la corporación Lockheed-Martin: ésa es la contribución privada que simboliza la confianza en sí mismo y la desconfianza hacia el gobierno federal de tal Estado. La publicación se abre con esta frase: «Los americanos han hecho una inversión enorme en el Laboratorio Nacional de Idaho», desde que fue fundado en 1949 para proporcionarnos energía atómica y una marina de guerra nuclear. Durante el último año, el Departamento de Energía invirtió 850 millones de dólares sólo en este lugar, lo que lo convierte en «el principal laboratorio de ingeniería del sistema de laboratorios nacionales del Departamento de Energía». Su misión es «trasladar las tecnologías desarrolladas federalmente a la industria privada y al sistema de enseñanza³⁶».

En el sistema de enseñanza, la investigación y el desarrollo se finan-

³³ Véase William Hartung y Jennifer Washburn, «Lockheed Martin: From Warfare to Welfare», *The Nation*, 2 de marzo de 1998.

³⁴ Gerard Baker, *Financial Times*, 2 de marzo de 1998.

³⁵ Timothy Egan, «As Idaho Prospers, Prisons Fill Up While Spending On the Poor Lags», *New York Times*, 16 de abril de 1998.

³⁶ *Inside INEEL* (Idaho National Engineering and Environmental Laboratory), septiembre de 1997.

cian sustancialmente mediante fondos federales. Es como un embudo que transfiere los fondos públicos hacia los beneficios privados. Fíjense en la frase «incorporar tecnologías desarrolladas federalmente a la industria privada». Ésa es la función del gobierno en una economía basada en la libre empresa. El laboratorio del Departamento de Energía de Idaho no es tan sólo una planta de energía atómica, también es un centro de recogida de desechos nucleares y de procesamiento químico, «el complejo de análisis de materiales más sofisticado del mundo», un laboratorio de «tecnología de herramientas de alta precisión» que deben «revolucionar el modo de fabricación de los automóviles y de otros productos» (después se conceden exenciones fiscales al sector privado) y un centro de superordenadores que debe asegurar que los Estados Unidos continuarán a la cabeza del desarrollo informático. Para ayudar a conseguir esto, la Administración Clinton aprobó un enorme aumento de los aranceles que debían pagar los ordenadores japoneses, que se estaban vendiendo más baratos que los americanos: una contribución magnífica al libre comercio. Las intervenciones de la Administración Clinton en el tema de los aranceles van desde los superordenadores hasta los tomates mejicanos, que fueron prohibidos únicamente con amenazas, sin intervenir en los aranceles, porque, como se señaló, los consumidores americanos los preferían³⁷. Existen leyes contra todas estas actuaciones, pero las leyes no son para los ricos y poderosos, son para sitios como Haití. La propia publicación del Departamento de Energía continúa diciendo que uno de los propósitos del Laboratorio Nacional es «ayudar a las compañías que empiezan a conseguir líneas de crédito y ayudas federales y estatales»: eso es lo que se conoce por iniciativa empresarial y vigoroso individualismo. Resumiendo, el sector público invierte cantidades ingentes durante cincuenta años, entrega estas donaciones al poder y a los beneficios del sector privado, y ahora admiramos esta próspera nueva economía en el Estado más republicano de la nación, que siente una desconfianza profundamente arraigada hacia el gobierno federal y que hace gala de su tradicional de confianza en sí mismo.

De nuevo hace falta buena educación para digerir todo esto, pero ésta es la forma en la que funciona la economía real de acuerdo con la teoría del mercado realmente existente. Y, por supuesto, no se trata sólo de los Estados Unidos; se trata de hechos elementales de la historia económica desde el siglo XVIII, cuando Inglaterra estableció la pauta que debía seguirse. El mundo empresarial, así como San Alan y otros ideólogos, comprende perfectamente todo este mecanismo. Al fin y al cabo son ellos quienes lo han ideado. La depresión de la década de 1930 borró cualquier rastro de la persistente creencia de que alguna forma de capitalismo podía ser viable; las medidas del *New Deal* apenas modificaron la situación, pero la Segunda Guerra Mundial la superó. La guerra fue un gran éxito económico, con una economía semidirigida, controlada por los ejecutivos de las

³⁷ Bob Davis, «In Effect, ITC's Steep Tariffs on Japan Protect US Markers of Super-computers», *Wall Street Journal*, 29 de septiembre de 1997. David Sanger, *New York Times*, 12 de octubre de 1996.

corporaciones que se reunieron en Washington para dirigirla y que aprendieron las lecciones que se desprendían de todo ello. Se pronosticó en todas partes que con seguridad los Estados Unidos volverían directamente a la depresión económica después de la guerra; había que hacer algo y la prensa económica fue muy franca al respecto: *Fortune* y *Business Week* publicaron que la industria de alta tecnología no podría sobrevivir en una economía «pura, competitiva, sin subvenciones», de «libre mercado» (especialmente la industria aeronáutica, aunque la afirmación era más general) y que «el gobierno era el único que podía salvarla»³⁸. La única duda era cómo. Se planteó un interesante debate en la prensa económica a finales de la década de 1940. Las elites económicas habían comprendido que el gasto social podría servir para estimular y sostener la economía, pero pronto se les ocurrió una alternativa de la que se declararon francos partidarios: el Pentágono, el Departamento de Energía, la NASA y la Comisión de Energía Atómica, todo el sistema industrial-militar. Y existían muy buenas razones para esta preferencia, más allá de las económicas. El gasto social tenía un lado negativo: tenía un efecto democratizador. La gente opina sobre dónde construir un hospital, una escuela o una carretera. Pero normalmente no tiene una opinión sobre qué tipo de avión o qué tipo de láser construir. Si se optaba por el sistema que proponía el Pentágono, se eliminaría este efecto democratizador. Además, el gasto social tiende a ser redistributivo, mientras que el sistema que planteaba el Pentágono era un puro regalo para el poder privado, sin efectos colaterales negativos. También es secreto. Es fácil de vender: paraliza a la gente por el terror y le obliga a pagar por librarse del mismo. Y mientras tanto San Alan, y otros como él, contaban fantasías a la opinión pública.

El objetivo de la automatización

La función del Estado no es únicamente crear y proteger la industria de alta tecnología, también ha de intervenir para superar los fracasos de gestión: hubo mucho que hacer en este sentido durante la década de 1970. En ese momento existía una gran preocupación por el bajo nivel de la productividad y el crecimiento de la inversión, y por el fracaso de los incompetentes gestores estadounidenses para mantenerse a la altura de los más avanzados métodos japoneses. Se realizaron, en consecuencia, llamamientos públicos a lo que se denominó la reindustrialización de América. El Pentágono respondió con un programa llamado Mantech (*Manufacturing Technology*). Su objetivo era, como describió el propio Pentágono, diseñar la «fábrica del futuro» e integrar la tecnología informática y la automatización en la producción y en el diseño, así como desarrollar tecnología de fabricación flexible y promover la eficacia en la gestión³⁹. El objeti-

³⁸ Citado en Frank Kofsky, *Harry Truman and the War Scare of 1948*, New York, 1993. En cuanto a la opinión de la prensa económica respecto a la alternativa gasto social *versus* gasto militar, véase Chomsky, *Turning the Tide*, Londres, 1995, y *Deterring Democracy*, p. 49.

³⁹ Tom Schelesinger, «Labor, Automation, and Regional Development», en John Timman *The Militarization of High Technology*, Cambridge, Mass., 1984; James Cypher, «Military Spending, Technical Change and Economic Growth: A disguised Form of Industrial Policy?», *Journal of Economic Issues*, vol. XXI, núm. 1, marzo de 1987.

vo era estimular la cuota de mercado y el liderazgo industrial de los Estados Unidos de la manera tradicional, es decir, mediante la iniciativa estatal y la financiación del contribuyente. También existía un efecto positivo colateral: la fábrica del futuro podría reducir y controlar la fuerza de trabajo. Es una vieja historia; tomemos por ejemplo la automatización. La automatización era tan ineficiente que tuvo que ser desarrollada por el sector público durante mucho tiempo, antes de que fuera transferida a la industria privada. Cuando fue diseñada en el sector público, se diseñó de una forma muy específica, que no es inherente a la tecnología; este tema ha sido bastante bien estudiado⁴⁰. El sistema de máquinas-herramientas controladas por ordenador se podría haber desarrollado de tal forma que hubiera incrementado el poder de los trabajadores y haber eliminado estratos inútiles de gestores. Pero se hizo de la forma contraria: se aumentaron los estratos de gestores y se *descualificó* a los trabajadores. Una vez más no se trata de una decisión económica o tecnológica, sino una cuestión de poder, que forma parte básicamente de la guerra de clases. Lo mismo puede hacerse con la fábrica del futuro, cuando se diseña en el sector público sin que nadie observe el proceso excepto el mundo empresarial, que se siente muy satisfecho al respecto.

El programa Mantech se amplió rápidamente bajo la Administración Reagan; ésta en realidad batió récords violando los principios del mercado a favor de los ricos, mientras se reservaba una cargada retórica para los pobres. Con Reagan, la principal rama de investigación del Pentágono, la DARPA, promovió activamente nuevas tecnologías en varios campos —como la informática en red, que constituye la fuente de tecnología más importante aplicada a los superordenadores y a la tecnología de la información y que completa el trabajo sobre Internet, que de hecho había comenzado— y también puso en marcha nuevas compañías. *Science*, la revista de la Asociación Americana para el Desarrollo de la Ciencia, publicó un artículo recientemente en el cual se señalaba que la «DARPA se convirtió en una fuerza de mercado fundamental» con Reagan y Bush, al transferir nuevas tecnologías a las industrias nacientes: constituye uno de los orígenes fundamentales del éxito de Silicon Valley⁴¹. La Administración Reagan también duplicó las barreras proteccionistas, superando todos los récords del proteccionismo de postguerra. El propósito era no dejar entrar los productos japoneses superiores (acero, automóviles, semiconductores y ordenadores), no sólo para salvar las industrias americanas, sino para situarlas en una posición dominante que les permitiera triunfar en el mercado, empleando la jerga de la década de 1990, gracias en gran medida a enormes subvenciones públicas, a la innovación y desarrollo del sector público, al proteccionismo y a las evidentes operaciones de rescate protagonizadas por el gobierno (como la de *Continental Illinois*). Es sor-

⁴⁰ David Noble, *Forces of Production: A social History of Industrial Automation*, Nueva York, 1984.

⁴¹ Elizabeth Corcoran, *Science*, 2 de abril de 1993. Para una visión general véase Chomsky, *World Orders Old and New*, Nueva York, 1994, 1996, cap. 2.

prendente ver cómo se transforma la historia en los términos políticamente correctos que se leen y se oyen por ahí.

Regulación financiera y democracia

He hablado de las continuidades identificables en la economía y en la planificación socioeconómica globales, pero también se han producido algunos cambios fundamentales. El más importante se perfiló hace unos treinta años. Después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos y Gran Bretaña establecieron un orden económico global, conocido como el sistema de Bretton Woods. A veces se describe como internacionalismo liberal, pero eso no es exacto. Tenía dos objetivos: uno era liberalizar el comercio; y el otro regular el sistema financiero. Ello estaba incluido, sin embargo, en los artículos del Fondo Monetario Internacional. ¿Por qué regular el sistema financiero? Hay dos razones para ello: la primera es lo que algunos economistas llaman la tesis de la incompatibilidad, es decir, la creencia (probablemente cierta) de que la liberalización del sistema financiero tiende a socavar el libre comercio; la segunda, sin embargo, no es sólo una especulación, es algo obvio. Se entendía que la liberalización del sistema financiero constituía un arma poderosa contra la democracia y el Estado del bienestar, los cuales tenían un enorme respaldo público en ese momento. El negociador estadounidense, Harry Dester White, representante de Roosevelt (el representante británico fue Keynes), señaló que los controles de capital, la regulación del capital financiero, permiten a los gobiernos llevar a cabo políticas monetarias y tributarias, así como mantener el pleno empleo y los programas sociales sin miedo a la huida de capitales. El movimiento libre de capitales crea lo que algunos economistas expertos en economía internacional llaman un «senado virtual»⁴². Un capital financiero altamente concentrado puede imponer sus propias políticas sociales sobre los gobiernos y castigar a aquellos que se desvían provocando salidas masivas de capitales de sus economías.

El sistema de Bretton Woods, basado en movimientos financieros regulados, se aplicó durante lo que generalmente se conoce como la Edad de Oro de los altos niveles de crecimiento de la economía y de la productividad, y de la extensión del contrato social a lo largo de las décadas de 1950 y 1960. Fue desmantelado por Richard Nixon a comienzos de la década de 1970 con el apoyo de Gran Bretaña y, más tarde, de otras potencias importantes. El sistema financiero se liberalizó, hubo un aumento astronómico de los flujos financieros, y su composición cambió. Así, en 1970, aproximadamente el 90 por 100 de las transacciones de divisas estaba relacionado con la economía real, es decir, con el comercio y la inversión. En la actualidad ese porcentaje se ha reducido en un 5 por 100; el resto de las transacciones es de carácter especulativo, la mayor parte de ellas a muy corto plazo; aproximadamente un 80 por 100 tiene un tiempo de devolución de alrededor de una semana, muchas de ellas inferior. Lo que se había previsto ocurrió. Se predijo inmediatamente que esto llevaría a una economía de lento crecimiento y de bajos salarios. Eso

⁴² James Mahon, *Mobile Capital and Latin American Development*, Pennsylvania, 1996.

ha ocurrido en realidad, junto con la obtención de grandes beneficios y un ataque contra el contrato social por parte del senado virtual, con los Estados Unidos y Gran Bretaña a la cabeza. Ello también incrementó radicalmente la volatilidad de mercados: se han producido enormes fluctuaciones e innumerables crisis financieras. Esto, en realidad, ha llevado a los sectores más conservadores, como el *Bank for International Settlements*, y recientemente al economista-jefe del Banco Mundial y a otros, a pedir algún tipo de regulación de los flujos financieros.

También incrementó las restricciones sobre el comercio. Este período, desde los comienzos de la década de 1970, ha sido descrito en un estudio técnico efectuado por el director de investigación económica de la WTO, como un período de «asalto sostenido» contra los mercados libres. El autor considera los efectos de las barreras aduaneras de la era Reagan unas tres veces superiores a los niveles de otros países industrializadas⁴³. Para gran parte del Tercer Mundo supone un desastre: un informe de la ONU sobre el desarrollo estima que anualmente el Tercer Mundo pierde alrededor de medio *billón* de dólares por las diversas formas de proteccionismo e intervencionismo en el mercado realizado por los países del Primer Mundo. El crecimiento del comercio disminuyó, junto con el aumento de la productividad, el crecimiento económico, etcétera... Hay unas pocas excepciones, pero ése es el patrón general.

Además, lo que se llama comercio está fuertemente controlado. Así, por ejemplo, la estimación general es que, respecto a los Estados Unidos, alrededor de un 40 por 100 de lo que se llama «comercio» se produce *dentro* de las propias compañías; así, por ejemplo, la Ford Motor Company, envía ciertos componentes para que se monten en Méjico, y de ahí los embarcan de vuelta a los Estados Unidos; esto no es comercio en sentido estricto⁴⁴. Existen cifras similares en otros importantes países industriales. La economía global es administrada por las mismas compañías mediante alianzas estratégicas entre ellas, que se están incrementando por doquier. Una estimación bastante convencional de algunos estudios técnicos indica que sólo alrededor del 15 por 100 del comercio se puede llamar libre en un sentido u otro.

La deuda odiosa

El desastre del Tercer Mundo fue exacerbado por la «crisis de la deuda» de la década de 1980, que fue precipitada por un agudo incremento de los tipos de interés en los Estados Unidos, lo cual produjo una inmensa evasión de capitales desde los países del Tercer Mundo, en los cuales los ricos estaban exentos de obligaciones sociales. En América Latina, por ejemplo, pero no en Corea del Sur. Durante la década de 1970, de acuerdo con la OCDE, el crédito ban-

⁴³ Patrick Low, *Trading Free*, Washington DC, 1993, pp. 70 y ss., 271.

⁴⁴ Todas las cifras son meramente especulativas, ya que estamos hablando de sistemas tiránicos que no rinden responsabilidades. No dicen lo que hacen, por lo que los economistas internacionales han de suponerlo.

cario se duplicó entre 1971 y 1973, luego «se estabilizó durante los dos años siguientes, a pesar del tremendo aumento del coste del petróleo» desde finales de 1973; «el más decisivo y elevado aumento del crédito bancario estuvo relacionado con el tremendo incremento de los precios de las materias primas más importantes entre 1972 y 1973, que se produjo antes del «shock del petróleo», según informa la OCDE. Un ejemplo fue el que se triplicase el precio de las exportaciones de trigo estadounidense. El crédito se incrementó posteriormente cuando los bancos reciclaron los petrodólares⁴⁵.

Las instituciones financieras internacionales también tuvieron parte de responsabilidad. El Banco Mundial había promovido activamente el endeudamiento: «no existe un problema general de que los países en vías de desarrollo tengan dificultades para atender al servicio y reembolso de sus deudas», declaró el Banco en 1978⁴⁶. Varias semanas antes de que Méjico quebrase en 1982, dando origen a la crisis, una publicación conjunta del FMI y del Banco Mundial declaraba que «hay todavía un considerable margen de maniobra para un endeudamiento adicional sostenido, destinado a incrementar la capacidad productiva»⁴⁷; por ejemplo, para la inoperante planta de acero de Sicarta, en Méjico, financiada por los contribuyentes británicos en uno de los ejercicios de mercantilismo thatcheriano⁴⁸.

La deuda es un constructo social e ideológico, no un hecho económico. Consideremos el caso de la Indonesia de Suharto, muy admirado en el mundo occidental desde que tomó el poder en 1965, realizando una gran matanza y procediendo después a batir récords de terror, agresión, masacres y corrupción con pocos equivalentes en la historia de la postguerra. La deuda privada actual de unos ochenta mil millones de dólares la poseen como mucho unos pocos cientos de personas, según estiman los economistas indonesios, quizá tan pocos como cincuenta⁴⁹. El patrimonio de la familia Suharto se estima que tiene más o menos un valor similar al paquete de rescate del FMI. Las estimaciones sugieren algunas formas de superar la actual «crisis financiera», pero estas iniciativas no están incluidas en la agenda. Los costes los soportarán, en primer lugar, los 200 millones de indonesios que no recibieron los préstamos, así como los contribuyentes occidentales, de acuerdo con las reglas del «capitalismo realmente existente».

Esta imagen puede generalizarse y no se refiere únicamente al Tercer Mundo. Tras la Segunda Guerra Mundial se produjo una masiva salida de capitales desde Europa hacia los Estados Unidos. Los con-

⁴⁵ OECD, *Twenty-five Years of Development Cooperation*, Paris, 1985. Citado por Cheryl Payer, *Lent and Lost*, Londres, 1991, p. 62. Sobre los precios de las mercancías véase mi artículo «American Foreign Policy in the Middle East», *Le Monde Diplomatique*, abril de 1977, reproducido en *Towards a New Cold War*, Nueva York, 1982.

⁴⁶ World Bank, *World Development Report 1978*, citado por John Mihevc, *The Market Tells Them So*, Londres, 1995, p. 55.

⁴⁷ Payer, *Lent and Lost*, p. 88.

⁴⁸ Sobre el fiasco de Sicarta véase Philip Wellons, *Passing the buck: Banks, Governments and Third World War Debt*, Cambridge, Mass., 1987.

⁴⁹ Gerry Van Klinken, *Inside Indonesia* (Australia), abril-junio de 1998.

troles de cooperación podrían haber mantenido los fondos nacionales necesarios para la reconstrucción de postguerra, pero los artífices de la política estadounidense prefirieron que los europeos adinerados enviaran su capital a los bancos de New York, siendo los costes de reconstrucción transferidos a los contribuyentes estadounidenses. El dispositivo se llamó «Plan Marshall», que aproximadamente cubrió «los movimientos masivos de una nerviosa salida de capitales» que destacados economistas habían previsto, y que de hecho se produjo⁵⁰.

En conexión con esto, merece la pena recordar que cuando los Estados Unidos tomaron posesión de Cuba hace cien años, se canceló la deuda de Cuba con España, basándose en que la carga se impuso «sobre el pueblo de Cuba sin su consentimiento y por la fuerza de las armas». Tales deudas recibirían después el nombre de «deudas odiosas» por parte de los especialistas legales, no siendo una obligación de la nación», sino la «deuda del poder que en ella ha incurrido»: los acreedores que «han cometido un acto de hostilidad contra el pueblo» no pueden esperar a cambio ningún pago por parte de las víctimas. A la misma doctrina se recurrió veinticinco años más tarde cuando Costa Rica canceló la deuda de su anterior dictador con el Royal Bank de Canadá. La reclamación de Gran Bretaña se sometió a arbitraje. El árbitro, el presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, Howard Taft, llegó a la conclusión de que el banco prestó el dinero para un «uso no legítimo», de modo que su petición de pago «debe suspenderse»⁵¹.

La lógica se extiende fácilmente a gran parte de la deuda de hoy en día; la «deuda odiosa» sin ningún derecho legal o moral, impuesta sobre el pueblo sin su consentimiento, sirviendo a menudo para dominarlo y enriquecer a sus amos. La observación resulta familiar en las altas esferas. La actual directora ejecutiva del FMI, la economista Karin Lissakers, escribió hace siete años que «si se aplicase en la actualidad» el argumento de Washington para cancelar la deuda de Cuba, liquidaría una parte sustancial de la deuda del Tercer Mundo»⁵². Pero esto tampoco está incluido en la agenda por razones relacionadas con el poder, no con principios económicos o legales, por no mencionar consideraciones de tipo moral.

La cara oculta del NAFTA

El ataque contra la democracia continúa. Ilustraré esto con un par de observaciones sobre los actuales acuerdos comerciales. Éste es un tema extenso de por sí; permítaseme que lo demuestre escogiendo el caso del NAFTA. Cuando aún se estaba discutiendo, se contaban todo tipo de historias maravillosas acerca de los fantásticos efectos que iba a tener para los trabajadores de los tres países, los Estados

⁵⁰ Eric Helleiner, *States and Reemergence of Global Finance*, Ithaca, 1994, pp. 58-92, que cita a Ragnar Nurske.

⁵¹ Patricia Adams, *Odious Debts*, Londres, 1991, cap. 17.

⁵² Karin Lissakers, *Banks, Borrowers, and the Establishment*, Nueva York, 1991, pp. 164-165.

Unidos, Canadá y Méjico. Eso ya no se ha vuelto a oír, todos estos argumentos se han abandonado. Ahora se admite que los críticos, a quienes se mantuvo al margen del debate, tenían toda la razón: es decir, el objetivo del Acuerdo no tenía nada que ver con el bienestar de nadie o ni siquiera con la expansión del comercio. Por el contrario, el objetivo radicaba en «encerrar a Méjico dentro de las reformas» de la década de 1980. Estas reformas fueron un completo desastre para la mayoría de los mejicanos, pero fueron muy beneficiosas para los inversores extranjeros y para los mejicanos acaudalados; de hecho, el número de billonarios aumentó más o menos en proporción con la tasa de pobreza, sobre todo a través de las privatizaciones y otras estafas. A eso se le llamó milagro económico.

En ese momento, se podía leer la verdad del asunto sobre los objetivos del NAFTA en la prensa económica, o en la prensa independiente marginal, lo que se conoce como prensa alternativa; ahora se puede leer en *Foreign Affairs*, así que algo hemos avanzado. Aun así, lo que obligó a los comentaristas oficiales a manifestarse en esos términos es lo que probablemente queda en el trasfondo. En 1990 se creó en Washington un Taller para la Estrategia de Desarrollo de América Latina, que discutió entre otras cosas las relaciones con la dictadura mejicana, llegando a la conclusión de que eran excelentes, aunque había una nube en el horizonte: «una apertura democrática» en Méjico podría poner a prueba esta especial relación al entregar el poder a un gobierno más interesado en desafiar a los Estados Unidos en términos económicos y nacionalistas⁵³. Se trata de la amenaza habitual que tuvo que contenerse en la era de postguerra. Ahora la amenaza de una «apertura democrática» en Méjico se ha superado, ya que el país se halla encerrado por el Acuerdo en las reformas introducidas durante la década de 1980, así que si así lo desean, los mejicanos pueden jugar con la democracia formal.

En la frase «Acuerdo de Libre Comercio Norteamericano», la única parte correcta es «norteamericano», el resto es todo falso. No se trata del libre comercio, ya que incluye elementos altamente proteccionistas. No fue verdaderamente un acuerdo: tuvo una fuerte oposición en Canadá; la opinión pública se manifestó en contra en los Estados Unidos y probablemente en Méjico: se trata de una dictadura en todos los sentidos, excepto en el nombre, pues aunque no contamos con encuestas detalladas, eso es lo que demostraban los hechos, las protestas multitudinarias, la oposición de gran parte de la comunidad de negocios, etcétera.

En los Estados Unidos la intención era introducir el NAFTA en secreto, pero esto no funcionó; hubo mucha agitación popular, pero el Acuerdo salió adelante de una u otra manera. El movimiento obrero se opuso con fuerza y publicó un documento cuidadoso y bien argumentado, explicando su postura: apoyaba un Acuerdo de

⁵³ Latin American Strategic Development Workshop, 26-27 de septiembre de 1990, actas, p. 3. Para obtener información general sobre el NAFTA y citas sobre su contenido véase *World Orders, Old and New*, pp. 163 y ss.

Libre Comercio Norteamericano, pero no esta versión: proponía, por el contrario, una alternativa que no fuera solamente un acuerdo que defendiese los derechos del inversor, sino que beneficiase a la población estadounidense, mejicana y canadiense. En realidad, para ello usaron un modelo de la Unión Europea. La Oficina de Evaluación Tecnológica (OTA), que era el organismo de investigación del Congreso, también publicó un estudio que indicaba prácticamente lo mismo. Aunque la postura del movimiento obrero y el análisis de la OTA fueron eliminados de los medios de comunicación, el Presidente y los líderes y comentaristas políticos se refirieron machaconamente a lo que ellos denominaron el ignorante y retrasado movimiento obrero, con sus «crudas tácticas de amenaza» y su «escaso nacionalismo»⁵⁴. Todo esto era completamente falso, pero imposible de desafiar en la prensa libre. A pesar del gran esfuerzo propagandístico, la opinión pública permaneció en contra, pero fue ignorada y el «acuerdo» salió adelante.

El pasado otoño ocurrió el siguiente incidente al que quiero prestar atención, ya que es tremendamente revelador. Hubo un gran revuelo sobre lo que se llamó legislación de tramitación urgente. Ésta se refiere a las normas que permiten que el Presidente negocie los acuerdos comerciales en secreto, teniendo el Congreso posteriormente el derecho a decir «sí» o «no», pero sin ninguna otra implicación al respecto. Funcionó durante largo tiempo; nadie la cuestionó. Pero las cosas han cambiado: el país puede parecer despolitizado, pero las actitudes han cambiado, y ahora existe una gran oposición a tales medidas. Así que este otoño, trataron de introducirla de modo indirecto y no pudieron. El Congreso se vio obligado a oponerse por la presión de sus miembros, incluidos algunos que la habían apoyado, y por la oposición popular, lo cual es interesante e indica que algo importante está ocurriendo realmente en el país. Los medios de comunicación estaban a favor en su totalidad; el mundo corporativo estaba a favor en su totalidad; pero ellos sabían que tenían problemas. El *Wall Street Journal* señaló que, aunque es obvio que esto es algo importante, los críticos tenían lo que el periódico denominó el «arma definitiva»: el hecho de que la población estaba en contra⁵⁵. Ni siquiera la «prensa libre» fue totalmente capaz de manejar el problema, así que perdieron.

La totalidad de la discusión fue muy interesante. Se la denominó discusión sobre el libre comercio, lo cual es obviamente una cosa importante. Pero claramente no se trataba de eso: los acuerdos comerciales que tenían en mente, como la Ronda de Uruguay, la WTO, etcétera, son una mezcla de proteccionismo y liberalización, diseñados para proteger los intereses nacionales de los «americanos», en sentido técnico. Además, todo ello no tenía nada que ver con el comercio, sino con la democracia. La cuestión era: «¿Tiene derecho la

⁵⁴ Estoy citando a Anthony Lewis, que está muy a la izquierda de los medios de comunicación corporativos.

⁵⁵ Glenn Burkins, «Labor Fights Against Fast Track Trade Measure», *Wall Street Journal*, 16 de septiembre de 1997. Sobre todo el asunto de la tramitación urgente en general véase «Domestic Constituencies», *Z Magazine*, mayo de 1998.

opinión pública a saber lo que la alianza corporativo-estatal está haciendo al respecto?». Los más ardientes defensores del libre comercio se opondrían a la tramitación urgente si creyesen en la democracia, porque de eso se trataba.

Un acuerdo secreto y explosivo

Como colofón, el tema con toda probabilidad más importante literalmente nunca fue mencionado. No tenía nada que ver con incorporar a Chile al NAFTA, sino con el Acuerdo Multilateral sobre Inversión (MAI). El mundo empresarial, así como la prensa, lo conocían, pero no informaron acerca de él. Existe una organización estadounidense denominada *Council for International Business* que, en sus propias palabras, «impulsa los intereses globales de las empresas americanas tanto en el país como en el extranjero»; se trata del principal grupo de presión a favor de las empresas internacionales⁵⁶. Este grupo había reclamado a la Administración Clinton que incluyera el MAI mediante el mecanismo de tramitación urgente, incluso antes de que se introdujera la legislación⁵⁷. A mi juicio, los medios de comunicación sabían a ciencia cierta de la existencia de todo esto, pero no hubo ni una sola mención al MAI durante todo el período que duró el furor de la tramitación urgente.

Examinemos el MAI, que es en sí mismo una historia reveladora. Se ha negociado intensamente desde mayo de 1995 dentro de la OCDE. Se ha mantenido «bajo un velo de secreto», empleando la frase utilizada por Sir Anthony Mason, ex presidente del Tribunal Supremo de Australia, al condenar la negativa de su gobierno a permitir ni siquiera el examen parlamentario, cuando el asunto se hizo público en Australia en enero de 1998⁵⁸. En Canadá, y sólo en Canadá, el velo se rompió a mediados de 1997 y desde entonces ha sido un tema nacional importante en la televisión y en la prensa más prestigiosa. Se ha discutido también en Europa, principalmente en los últimos meses. Los Estados Unidos son únicos. Yo escribí un artículo con un informe detallado sobre este asunto, que voy a resumir a grandes rasgos⁵⁹. Efectivamente, no ha habido debate alguno sobre el asunto en los Estados Unidos hasta hoy, aparte de lo que se podría denominar el error estadístico.

El mundo empresarial, por supuesto, lo sabía: así la revista *Business Week* publicó en febrero un artículo con el siguiente titular: «El explosivo acuerdo comercial sobre el que nunca se ha oído nada»⁶⁰. Era verdad, era explosivo, y salvo que se estuviera justo en el centro del mundo corporativo, nunca se había oído nada de él. El pasado mes de noviembre veinticinco miembros del Congreso escribieron

⁵⁶ US Council for International Business, *A guide to the Multilateral Agreement on Investment (MAI)*, enero 1996.

⁵⁷ Jane Bussey, «New Rules Could Guide International Investment», *Miami Herald*, 20 de julio de 1997.

⁵⁸ Sir Anthony Mason, «Are our Sovereign Rights at Risk?», *The Age* (Melbourne), 4 de marzo de 1998.

⁵⁹ Véase «Domestic Constituencies».

⁶⁰ *Business Week*, 9 de febrero de 1998.

una carta a la Casa Blanca en la que decían, «nos ha llamado la atención» que durante casi tres años la Casa Blanca haya estado llevando a cabo negociaciones sobre el MAI sin informar al Congreso. Y preguntaban cómo había podido pasar esto dado que el Congreso tiene la autoridad constitucional exclusiva para regular el comercio internacional; y, en segundo lugar, porque los derechos de las corporaciones concedidos en el MAI se extendían más allá de lo que permiten las leyes de los Estados Unidos⁶¹. Así que, ¿cómo puede haber sucedido esto? Algunos meses más tarde, obtuvieron una vacua respuesta: el tipo de respuesta que se recibe cuando se escribe una carta a la Casa Blanca, probablemente procedente de algún ordenador que se encarga de responderlas. No se dijo ni una palabra de esto en la prensa libre, que por supuesto lo sabía.

El 17 de febrero de 1998, la Casa Blanca hizo una declaración oficial. Aún seguía manteniéndose en secreto en los medios de comunicación, pero había suficientes protestas populares como para que la Casa Blanca tuviera que hacer una declaración oficial de la que casualmente no se informó. La declaración es resbaladiza, pero interesante. Enfatiza la importancia de «trabajar en estrecha relación con los grupos nacionales para llegar a un consenso sobre el MAI» y recalca que la Administración ha estado a la altura de sus responsabilidades al asegurar la participación activa de estos «grupos nacionales» que deben tener «intereses en el asunto»⁶². Por fin, tenemos una recomendación para la democracia, pero surge una cuestión: ¿quiénes son los grupos nacionales? Bien, claramente no lo es el Congreso: no había sido informado. Claramente tampoco la opinión pública, a quien todavía se mantiene en la oscuridad. Así que, ¿quiénes son los grupos nacionales? Pues el *Council for International Business*, que ha jugado un papel activo en todo momento; de hecho, en junio de 1996 incluso publicó un informe monográfico sobre el MAI para sus miembros y para el sector corporativo en general⁶³. A continuación viene un simple ejercicio de lógica que dejo para ustedes: los grupos nacionales son aquellos que lanzan sobre la sociedad la sombra que llamamos política; son los «americanos», en sentido técnico, aquellos que son autosuficientes y felices. De aquí sacamos valiosas lecciones que deberíamos aprender muy en serio; no ocurre tan a menudo que el poder diga con tan cruda honestidad lo que piensa sobre los ciudadanos y sobre cuál es su papel en una democracia.

Es importante señalar que, a pesar del velo de secreto que ha rodeado al asunto, la opinión pública se muestra contraria al MAI, instintivamente. El arma fundamental está todavía aquí. La tramitación urgente no se pudo colar y la agitación pública fue un importante factor a la hora de evitar que la OCDE firmara el MAI en la fecha prevista, el 27 de abril de 1998.

⁶¹ Ron Klink, Cliff Stearns y otros dieciocho representantes del Congreso en una carta al presidente Clinton del 5 de noviembre de 1997.

⁶² «The Multilateral Agreement on Investment», Declaración del Subsecretario de Estado, Stuart Eizenstat, y del Representante Comercial adjunto, Jeffrey Lang, 17 de febrero de 1998.

⁶³ US Council for International Business, *Multilateral Agreement on Investment*.

Esto es un logro sorprendente de las organizaciones populares que se enfrentan a la mayor concentración global de poder. El G7, las instituciones financieras internacionales y el concentrado sector corporativo estaban de un lado, con los medios de comunicación en el bolsillo. En el otro, se hallaban las organizaciones populares de todo el mundo. Ése fue el conflicto, y las organizaciones populares ganaron. La reacción ante esta victoria es muy interesante. El *Financial Times* publicó un curioso artículo hace unos días que presentaba el episodio como el de una «horda de vigilantes», que había aplastado a la pobre OCDE y al mundo corporativo. Esta horda de vigilantes había empleado su «buena organización y sus sólidas finanzas... para ejercer una gran influencia sobre los medios de comunicación»; en los Estados Unidos, realmente igual a cero, pero incluso la más ligera ruptura en la unanimidad total supone un peligro terrible. Continúa diciendo que será necesario «tratar de conseguir el apoyo de las empresas» para refrenar a las hordas. Luego cita a los diplomáticos encargados de negociar los acuerdos comerciales, quienes afirman que puede «volverse más difícil firmar tratados a puerta cerrada y someterlos a la aprobación formal de los parlamentos» como en los viejos y buenos tiempos⁶⁴. En Australia, la prensa culpó a lo que denominó la «histeria xenófoba» de una «alianza infernal de grupos de ayuda, de trabajadores y de ecologistas» y otros intereses especiales, en otras palabras, la población⁶⁵. En el *New Republic* que se supone que es el órgano del liberalismo americano, un columnista advertía contra «la muchedumbre ignorante y asesina», es decir, la chusma, es decir, contra aquellos que han aterrado a los «hombres de mejor calidad», como solían llamarse a sí mismos en el siglo XIX; a los «hombres responsables», como se llaman a sí mismos hoy en día⁶⁶.

Corporaciones como Estados

Así pues, la amenaza de democracia se mantiene muy viva, a pesar de todo. El MAI esta ahora dirigiéndose hacia el FMI, que es convenientemente secreto y no rinde cuentas. No hay tiempo para revisar sus disposiciones aquí, pero no hay razón alguna para estar en desacuerdo con *Business Week* respecto a la «explosiva» naturaleza del tratado. De hecho, constituiría un gran ataque contra la democracia: todavía colocaría más el poder de decidir sobre los asuntos económicos y sociales en manos de tiranías privadas que operan en secreto y que no rinden sus responsabilidades ante la opinión pública. A comienzos del siglo XX, el activismo judicial radical había concedido a las corporaciones los derechos de las personas inmortales; el MAI, sin embargo, les otorga los derechos de los Estados. Las corporaciones tendrían, por ejemplo, el derecho a llevar ante los tribunales a los gobiernos (locales o nacionales). Los litigios no se ventilan ante los tribunales, sino ante jurados privados sin posibilidad de apelación y sin reglas de evidencia; los jurados se componen de «expertos en comercio», que podemos imaginarnos quiénes son. No existe reciprocidad: los Estados no tienen derecho a demandar a las corporaciones. En realidad, todas

⁶⁴ Guy de Jonquierès, «Network Guerrillas», *Financial Times*, 30 de abril de 1998.

⁶⁵ David Forman, *The Australian*, 14 de enero de 1998.

⁶⁶ Peter Beinart, *New Republic*, 15 de diciembre de 1997.

las obligaciones de este texto de 150 páginas, que, casualmente, fue filtrado por la horda de vigilantes cuando de alguna forma consiguieron una copia de él, recaen sobre el pueblo y sobre los gobiernos, ninguna sobre las corporaciones. Existen algunos casos interesantes en los que las corporaciones están intentando explorar la variedad de términos ambiguos que ya circulan y que les conceden el derecho a demandar a los Estados por interferir en el «disfrute de sus derechos», como ellas los denominan. El MAI incluye lo que se conoce como «efecto trinquete» que opera mediante los criterios de «parada» y «vuelta atrás». «Parada» significa que los firmantes no pueden introducir legislación alguna que interfiera con los derechos sin restricciones de las corporaciones a obrar como les plazca. La «vuelta atrás» se refiere al hecho de que los firmantes están obligados a derogar la legislación existente en los casos en que interfiera con esos derechos. Se contempla un plazo de vigencia inmodificable de veinte años; así que, una vez aceptado el Acuerdo, se queda atrapado en los términos del mismo durante veinte años. Por supuesto, eso no se aplica a todos por igual: si los Estados Unidos quieren salir de él, lo tratarán como a la Ronda de Uruguay, cuando decidió prohibir los superordenadores. Pero para los más débiles es una encerrona. Los inversores se liberan incluso de las mínimas obligaciones que podrían imponerse por alguna interferencia democrática con las tiranías privadas.

El proyecto de tratado otorga a los inversores el derecho de mover sus activos libremente, incluyendo las instalaciones productivas y los activos financieros, sin «interferencia del gobierno», lo que significa sin que la opinión pública tenga ninguna noticia al respecto⁶⁷. Por medio de embustes conocidos por los abogados corporativos, los derechos concedidos a los «inversores extranjeros» también se transfieren fácilmente a los «inversores del país». Entre las opciones democráticas que podrían ser excluidas, se encuentran aquellas que reclaman la propiedad local, el reparto de la tecnología, los gestores locales, la responsabilidad corporativa, las disposiciones sobre un salario suficiente para vivir, las preferencias (para áreas desfavorecidas, minorías, mujeres, etcétera), las restricciones de productos peligrosos, la protección para la pequeña empresa, el apoyo para industrias estratégicas y nacientes, la reforma agraria, el control de la comunidad y del trabajador (es decir, los fundamentos de la auténtica democracia), las acciones laborales (que podrían interpretarse como amenazas ilegales contra el orden).

En países en los que se violan los derechos humanos no se permite ninguna restricción sobre las inversiones: Sudáfrica en los días del «compromiso constructivo», por ejemplo, o Birmania en la actualidad. Se prohíben las constricciones sobre los flujos de capitales: por ejemplo, las condiciones impuestas por Chile para frenar las entradas de capitales a corto plazo, sobre las que existe la extendida creencia de que han aislado, de alguna forma, a esa economía del impacto des-

⁶⁷ Para una versión del proyecto del MAI, véase *Multilateral Agreement on Investment: Consolidated Texts and Commentary* (OLIS, 9 de enero de 1997; DAFFE/MAUI/97; Confidencial). Para una versión revisada véase www.monde-diplomatique.fr/md/dossiers/ami/.

tructivo de los altamente volátiles mercados financieros sujetos a la irracionalidad impredecible de la manada. Prohíbe medidas de más largo alcance que bien podrían invertir las consecuencias negativas de la liberalización del capital. Durante años han existido propuestas serias para alcanzar estos fines, pero nunca se les ha permitido llegar a la agenda de los poderosos. Bien podría ser que la economía resultase dañada por la liberalización financiera, como sugiere la evidencia. Pero eso es sólo un asunto momentáneo en comparación con las ventajas concedidas por la liberalización de los flujos financieros durante un cuarto de siglo. Estas ventajas son sustanciales. La liberalización de los mercados financieros contribuye a la concentración de riqueza y suministra poderosas armas para minar los programas sociales. Contribuye a una «importante moderación salarial» y a una «atípica restricción de los aumentos de las retribuciones, [lo cual] parece ser principalmente la consecuencia de una mayor inseguridad del trabajador»⁶⁸, que tanto estimulan el Presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, y la Administración Clinton, para sostener el «milagro económico», que produce respeto reverencial entre sus beneficiarios y entre sus engañados observadores, en particular en el extranjero.

Éstos son análisis «del peor de los casos» posibles. La cuestión de qué afirman y pretenden realmente los términos del MAI no tiene una respuesta definitiva, de la misma forma que no hay una respuesta a cuestiones similares sobre la Constitución de los Estados Unidos. No podríamos responder a la pregunta sobre el MAI ni siquiera si tuviésemos el texto completo, una lista detallada de las reservas introducidas por los firmantes y el texto completo de las actas palabra por palabra. La razón es que las respuestas no están determinadas por las palabras, sino por las relaciones de poder que imponen sus interpretaciones. Esto debería ser, sin embargo, otra perogrullada.

El objetivo a largo plazo de tales iniciativas está lo suficientemente claro para cualquiera que tenga los ojos abiertos: una economía política internacional organizada por poderosos Estados y burocracias secretas, cuya primera función es servir a las concentraciones de poder privado, que administran los mercados mediante sus propias operaciones internas y mediante redes de alianzas corporativas, incluidas las transacciones intraempresariales que equivocadamente se denominan «comercio». Estos poderosos intereses privados se apoyan en el sector público para obtener subsidios, para exigir operaciones de rescate, para la investigación y el desarrollo, para introducir innovaciones y para pedir ayudas cuando las cosas van mal. Se sirven de los Estados poderosos para que les protejan de peligrosas «aperturas democráticas». De esta forma pretenden asegurar que los «principales beneficiarios» de la riqueza mundial sean las personas adecuadas: los «americanos» autosuficientes y prósperos; los «grupos nacionales» y sus equivalentes en otros lugares. La escala de todo esto no es tan enorme ni tan original como se afirma; en muchos sentidos, se trata de un retorno a comienzos del siglo xx. Y no hay razón para dudar de que

⁶⁸ Testimonio de Alan Greenspan ante el *Banking Committee* del Senado, febrero de 1997, véase la anterior nota 27.

este proceso puede controlarse, incluso con las instituciones formales de la democracia parlamentaria. Éstas no son operaciones producto de misteriosas leyes económicas: son decisiones humanas sujetas a desafío, revisión y cambio. Además, son decisiones tomadas dentro de instituciones estatales o privadas. Tienen que enfrentarse a la prueba de la legitimidad, como siempre; y si no superan ese test pueden ser sustituidas por otras que sean más libres y más justas, exactamente como ha ocurrido a lo largo de la historia.